

y firme edificio, monumental é indestructible, en demostración del poder de Dios aquí ejecutado, y de la gran bondad de su Augusta Madre, desplegada en estos portentos de las Apariciones aquí efectuadas y en este raro y singular prodigio de la Imágen Guadalupeana documentadas? Cuatro grandes Pontífices principalmente han favorecido de una manera señalada la verdad del milagro: Benedicto XIII y Clemente XII que instituyeron esta insigne Colegiata para su culto; Benedicto XIV que confirmó esta gracia, que al ver en copia la milagrosa Imágen Guadalupeana exclamó con la Santa Escritura: *Non fecit taliter omni nationi.* "No ha hecho Dios cosa semejante con las otras naciones" y que concedió el Patronato, la Misa y el Oficio propio de la misma milagrosa Imágen; y el Gran Leon XIII actual y gloriosamente reinante, que otorgó el privilegio significativo en gran manera del Nuevo Oficio, pues con él ha confirmado solamente la verdad del milagro; que escribió á su respecto el Episcopado mexicano una de sus sapientísimas Cartas que llenarán para siempre de luz y de gloria al siglo XIX; que cantó como egregio poeta el mismo prodigio hace pocos días en sublimes trovas, y que otorgó la gracia de esta solemnísima Coronación de la propia Aparecida Imágen.

La Coronación, Señores, no sólo es por parte de Dios, que como Supremo Señor confiere los derechos, las facultades y los privilegios de que él es única fuente, correspondiéndole por eso á solo él escoger y destinar á los Reyes y unguirlos por medio de sus Profetas: *Per me Reges regnant,* (1); ni sólo es un acto de justicia por parte de una autoridad en premio de méritos adquiridos; sino también un acto debido de reconocimiento y vasallaje por parte de los inferiores, en atención y respeto de la majestad y de la soberanía. Así es como ahora coronamos á Nuestra Señora de Guadalupe, para reconocerla

(1) Vease al fin la nota C.

y venerarla como quien es y para celebrar su triunfo. En esta Coronación triunfal, Señores, juramos el vasallaje que debemos á Nuestra Reina Santísima, porque en esta su portentosa Imágen y advocación nacional de Guadalupe, mostró con esplendorosa claridad, que ha tomado este pueblo por pueblo suyo, para patrocinarlo y para honrarlo desde este lugar elegido por ella. Elegí, dice, y santifiqué este lugar para que ahí esté mi nombre y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo." (1)

Sí, eligió y santificó esta colina del Tepeyac, y en ella eligió y santificó á toda la región mexicana, y en México eligió y santificó á todo el continente de la América: no de otra manera que Dios santificó el monte Horeb por medio de la zarza milagrosa aparecida á Moisés, pues sin embargo de estar solamente en lo alto del monte, santificó de tal suerte la comarca toda, que el Señor le dijo á Moisés que se encontraba en la llanura: "Desata tu calzado, porque la tierra en que te encuentras tierra santa es." [2]

Los hijos de la América, así santificada, saltaron de gozo en el seno de su patria, y ésta exclamó, adoctrinada por la Iglesia, como la madre del Bautista, con grande voz: "¿De donde á mí tanto honor y dicha tanta, que la Madre de mi Salvador venga á visitarme? He aquí que tan pronto como sonó á mi oído la voz de tu salutación, saltó de gozo el infante en mi seno." (3)

¡Venturosa América, dichosas Indias Occidentales, México! feliz; la Reina del cielo os escogió y santificó! Os ha visitado con tal amor, con tanta predilección y ternura maternal, que haciendo con vosotras lo que jamás hiciera con ninguna

(1) *Elegi et sanctificavi locum istum ut sit tibi nomen meum et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus II. Par. VII 16*

(2) *Solve calcamenta de pedibus tuis, locus enim in quo stas, terra sancta est Ex. III v. 5.*

3 *Luc. I. v. 41.*

otra nación, os ha dejado además en su retrato una rica prenda, os ha dejado en su milagrosa Imágen de Guadalupe el testimonio de que vuestra vocación es obra suya! ¡Oh pueblos todos de la América, echad vuestras coronas á los pies de vuestra Reina y Patrona, como en el cielo hacen los veinte y cuatro ancianos al pie del trono de su Hijo el Divino Cordero! ¡Salve, Reina del pueblo mexicano! ¡Salve, Emperatriz Celeste de la América Cristiana! ¡Tú, oh Virgen del Tepeyac, eres la gloria del Nuevo-Mundo, tú, la alegría de estas jóvenes Repúblicas, tú, la honra de nuestro pueblo! *Tú gloria Jerusalem, tú laetitia Israel, tú honorificentia populi nostri.* [1]

Queriendo honrarnos con favor inmenso, nos pediste para tí ¡oh celestial Princesa! en este privilegiado lugar un templo, y nos diste para guardar en él tu milagrosa Efigie, como se guardaba en el Arca Santa la Vara poderosa del Señor. ¡Con cuánta razón, pues, gózase aquí, Madre Purísima, el pueblo mexicano, en rendirte culto bajo esa tu portentosa Imágen y disfrutar por ella tu protección y amparo!"

Mexicus heic populus mira sub imagine gaudet

Te colere, alma parens, presidioque frui. [2]

Señores, si por lo que antes consideráramos, el universo entero, Dios mismo, el cielo y la tierra, los Angeles y los hombres, las creaturas todas deben coronar y coronan en efecto, á la Augusta Madre de Dios; por lo que ahora contemplamos, nosotros los hijos de México, nosotros los americanos todos, así del continente como de las Islas, así del Septentrion como del Mediodía, tenemos motivo grande y poderoso, para distinguirmos de las otras naciones del mundo levantando un trono á la Santísima Virgen en su advocación y en su prodigiosa Imágen de Guadalupe. Tenemos un motivo particular, especia-

1. *Judith, XV. 10.*

2. S. S. Leon XIII Pape.

lísimo, para coronarla con diadema imperial de oro y pedrería, como Reina de México, Emperatriz y Patrona de toda la América. ¡Entrañas de los montes y de los mares del Nuevo-Mundo, prados y florestas de la India Occidental, dadnos vuestros tesoros para hacer aquí á nuestra Reina, digno trono y corona digna! ¡Rosas de nuestros vergeles, y vosotras en particular aves del cielo americano, desde las que habitais las altas cumbres, hasta las que pobláis las risueñas playas, que habeis prestado por tantos siglos vuestro hermoso y brillante plumaje, para hacer la diadema de las nobles testas indígenas, y que ha venido á ser por eso entre nosotros, el símbolo de la dignidad Real y de la República, volad, venid á coronar con nosotros á la Purísima Reina Guadalupeana, Patrona de nuestra nacionalidad y de nuestra independencia!

Coronando á Nuestra Señora, seguimos el ejemplo del Angel tutelar de la América que sobre sus hombros sostiene á la Aparecida Imágen de Guadalupe; el ejemplo de los otros Angeles de todas las iglesias y naciones del Nuevo-Mundo; y el vuestro ¡oh Protomartir San Felipe de Jesús, oh esclarecida Virgen Santa Rosa de Lima, y de todos vosotros los demás Santos y Patronos de la Iglesia de México y de todas las Iglesias Americanas!

Hermanos míos, al coronar á Nuestra Señora de Guadalupe cumplimos con un deber dulce, muy dulce para nosotros; nos reconocemos y confesamos dichosos vasallos de tan gran Reina, le juramos obediencia, le rendimos pleito-homenaje y el merecido tributo de nuestros pechos leales.

Digna como es la Madre de Dios de ser honrada de todas maneras, la Iglesia no se detiene en buscar y emplear los medios mas adecuados; y uno de los que encontró y aprobó en los últimos siglos, es este, de coronar materialmente con especial y solemne rito, aquellas Imágenes que representan á la Purísima Reina, y que por el mérito de su origen ilustre ó por su antigüedad, por los milagros obra-

dos por su medio y por la gran devoción de los fieles á las mismas, tengan como vinculado un especial favor divino, ofreciendo así justo motivo para que se las acuerde una tal condecoración, que ha de ejecutarse por mano del mismo Soberano Pontífice, ó de quien delegare en su lugar. Ahora bien, como el origen de la Efigie Guadalupana es de los más ilustres é insignes, y como está, en su cualidad de milagrosa, lo es no solo por los prodigios que el Señor dispensa por su medio sino que de una manera singular y única, es ella en sí un milagro relevante por su instantánea configuración, y un milagro palpitante por su duración y conservación, desde ántes que mediara el siglo XVIII (1740,) y desde el primero de haberse fundado en Roma el expresado Rito de la Coronación, se solicitó y se obtuvo para ella un tan merecido privilegio.

Sin embargo, Señores, una reunión bien rara de circunstancias, á causa del estado político del mundo, impidió por ciento cuarenta y cinco años que se llevara á término la deseada obra.

Mas tu Predecesor ¡oh Venerable hermano, Pontífice de esta metrópoli mexicana! alcanzó en nuestros días del Padre común de los fieles nueva gracia, é iba á practicarla, cuando se fueron encadenando otros años, que se han pasado en conjurar dificultades, en resistir combates y en hacer los preparativos mas necesarios y dignos, cuanto es posible, para tan grande y extraordinaria solemnidad. Entre tanto, la muerte nos arrebató á este tu ínclito Predecesor, y tú, Venerable hermano, has sido el escogido por Dios para realizar como acabas de hacerlo el deseo suyo y de cuatro centurias de generaciones. Tú, en acto tan solemne, has representado al Vicario de Dios en la tierra; y además, al coronar á nuestra Reina Santísima, nosotros hemos estado unidos á tí: con tus manos han estado las nuestras, con tus preces nuestros votos y con tu corazón nuestros corazones. Todos, grandes y pequeños, clero y pueblo

aclamamos y exaltamos á la Emperatriz del cielo y de la tierra, á nuestra Sagrada Reina Mexicana, á la excelsa Señora del Nuevo-Mundo, elevada acá en ese trono y bajo esa imperial corona, que por ministerio de los Angeles está como suspendida de las cumbres de este monte del Tepeyac. *Veni de Líbano. Sponsa mea, vini de Líbano, veni, coronaberis de capite Amana Tepeyacense.* Ven del Líbano, Esposa del Espíritu Santo, ven del monte más célebre del Anáhuac y de la América, del Tepeyac, porque aquí has alcanzado victoria sobre la serpiente antigua, sobre la madre de los falsos dioses.

En tal solemnidad, Señores, en estos momentos que señalan época en nuestra historia, se estremecen en sus mausoleos, y saltan de júbilo los huesos de los Rmos. Señores Zumárraga, Montúfar, Lorenzana, Labastida, y de todos nuestros pasados Pontífices, lo mismo que los de Juan Diego y de Juan Bernardino en sus humildes sepulcros, y de todas las generaciones de creyentes mexicanos que duermen el sueño de las tumbas. ¡Páreceme columbrar que se levantan del polvo sus venerables sombras y discurren vagarosas entre nosotros! ¡Páreceme observar que se animan allá junto al trono de la Sacratísima Reina, esas marmóreas estatuas y esas pinturas, que evocan el recuerdo de nuestros grandes personajes históricos! ¡Oh, dichosos nosotros que vemos este día, prenda de días más felices, día que el noble extranjero Lorenzo Boturini previó, ahora hace una centuria y media y que aún comenzó á preparar! Hízose como hijo de México por su devoción guadalupana, por su estudio de nuestras antigüedades, por su amor de nuestras lenguas indígenas y por su fervor en la piedad de nuestros antepasados. Obra señalada es esta, en que ahora tanto y tan bien habeis trabajado muchos de vosotros, Señores, que me escuchais, para llevar á efecto el voto nacional; pero principalmente, ¡oh, tu Vene-

rable hermano, (1) que presides la nueva Diócesis del Estado de Morelos, por la oportunidad y preciosidad de tus escritos guadalupanos, de tus polémicas y acopios históricos, que te ponen al frente de nuestros ilustres y beneméritos escritores guadalupanos; y tú, hermano Venerable, (2) Obispo Abad de esta Colegiata, heroe incomparable, deudo y fiel representante del último Arzobispo mexicano, de que ántes hablé, y cuya muerte aún lloramos, que iniciaste, proseguiste y has llevado á término, al través de tantas dificultades y desazones, la reedificación, aumento y exquisito ornato de esta Nacional é Insigne Colegiata de Santa María de Guadalupe! ¡Habeis merecido bien de la Iglesia y de la patria! ¡Al fin se ha realizado la obra tanto tiempo y tan ardientemente deseada! ¡Al fin hemos celebrado la Coronación solemne y ritual de Nuestra Señora! ¡Dichosos nosotros que esto vemos! [3]

Padre Santísimo, Vicario de Cristo, acepta desde lo alto de la Cátedra de Pedro, el homenaje de nuestra gratitud y de nuestra adhesión la más cordial, la más ardiente que te ofrecemos en este día con motivo de este favor insignie, que entre tantos y tantos otros nos has dispensado, en obsequio de nuestra Celeste Reina Mexicana.

Acepta, tú también, Pontífice Mexicano, las justas congratulaciones de tus hermanos y de tus hijos, por la distinción que has merecido, como Delegado del Romano Pontífice para la celebración de esta solemnidad.

Aceptadlas asimismo por la parte que habeis tomado, vosotros todos, Venerables hermanos, Prelados de la iglesia nacional, aquí reunidos é identificados en uno, como una sola alma y como un solo corazón

1 El Ilmo. Sr. Obispo D. Fortino Hipólito Vera.

2 El Ilmo. Sr. Obispo y Abad de Guadalupe D. Antonio Plancarte y Labastida.

(3) Beati oculi qui vident quod vos videt L. uc, X:

por amor y respeto, y por la más fina devoción á Nuestra Sagrada Reina. Aceptadlas, Ilustre Capítulo de esta Insigne Colegiata, Casa Solariega de Nuestra excelsa Señora. Aceptadlas, Ilustres Capítulos metropolitanos y catedrales, y Clero Venerable de toda la Iglesia Mexicana; aceptadlas, culta sociedad, corporaciones respetables y pueblo fiel en general de nuestra República; aceptadlas, oh naciones y pueblos de ambas Américas; aceptad las congratulaciones ardientemente entusiastas y nacidas de lo íntimo de los corazones mexicanos, y más del mío, lleno de honor y de gratitud por ser el intérprete, aunque indigno, entre la iglesia y vosotros, en esta extraordinaria solemnidad, que sobre ser eminentemente religiosa y patriótica, á un tiempo, debemos calificar también de internacional americana.

En fin, Ilmos, y Rvmos. Prelados de diversas Diócesis que os habeis dignado venir á tomar parte en el júbilo de esta solemnísimas fiesta, aceptad todos el homenaje de nuestro reconocimiento y gratitud por vuestra gentil deferencia. Nos habeis honrado en gran manera: sois los testigos distinguidos, preeminentes y de toda excepción, del juramento de vasallaje, que por medio de la Coronación ritual hacemos á la Divina Reina del cielo, que por su milagroso descenso á esta tierra privilegiada, se dignó acogernos por especial pueblo suyo. Rogad por que sepamos los mexicanos ser vasallos fieles de tan gran Reina, porque en ella lo seremos de Dios, y que seamos al efecto, muy agradecidos hijos de tan tierna y poderosa Madre.

Y ahora que pronuncio el dulce nombre de Madre, ahora que digo hijos agradecidos, veo Señores, que he llegado á la parte final de mi discurso. Prestadme aún, os ruego, por un breve rato, vuestra atención. Vamos á ver cómo esta Coronación que celebramos, es un voto de reconocimiento y amor filial, grato á nuestra Madre amantísima, si sabemos coronarla cual ella debe serlo, como Madre por sus hijos.

III

Aunque la Purísima Virgen es gran Soberana y Reina Universal por excelencia, gusta más abrir su corazón á los pobres pecadores por su otro título y dulce carácter de Madre. Imita fielmente á Dios, que siendo Monarca sempiterno y Juez terrible, se hizo como uno de nosotros, humillándose á tomar la forma de siervo y la responsabilidad de pecador sin tener pecado. La delicia del Señor es estar con los hijos de los hombres; lleva en la mano su dulcísimo Corazón, para ofrecerlo con generosidad inmensa á todos, y se complace en tomar los títulos y los oficios de nuestro Padre, nuestro Pastor, nuestro Hermano, nuestro Amigo y el Esposo de nuestras almas. ¡Caridad grande, amor infinito! Para redimir á la desgraciada humanidad y civilizarla, se hizo como reo, haciéndose nuestro Redentor y Maestro. Se ofreció como víctima muriendo de amor por nosotros, extendido su cuerpo Santísimo, clavado en una Cruz, y coronada su cabeza con una guirnalda cruel y horrible de espinas. Allá junto á su Cruz se encontraba la Virgen-Madre, atravesada su alma con espada de dolor. (1) Y desde aquel trono de tormentos y bajo aquella corona de ignominia, él nos dió á su propia Madre por Madre nuestra. (2)

Por esta razón, hermanos míos, ella olvida las grandezas de su corte celestial, contempla sus dolores y angustias del Calvario, baja del Empíreo y viene aquí, al Tepeyac, á constituirse en tierna y amorosa Madre de los mexicanos. Prescindiendo de las muchedumbres angelicales que la acompañan y sirven, y que la alaban y celebran con aquellas armonías de sus cánticos y de sus músicas, que en las cumbres de este monte escuchó arreobado el dichoso indígena Juan Diego, á manera de aves desconocidas que po-

1 *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus. Joan. XIX*

2 *Ecce mater tua. Ibid.*

blaban el aire y saludaban la aurora con sus más dulces y alegres trinos; busca y prefiere al pobre indígena para confiarle el secreto de su maternal ternura. "Sabe, hijo mío, le dice en mexicana lengua, sabe que yo soy la Virgen María, Madre del Dios verdadero. Mi voluntad es, que en este sitio se me edifique un templo, en el cual me mostraré piadosa Madre contigo y con los tuyos, con mis devotos y con todos cuantos me buscaren."

Ah! y cómo tan fielmente ha venido cumpliendo para con los mexicanos sus amorosos cuidados de Madre, va ya para cuatro centurias! ¡Con cuántos portentos y maravillas no ha mostrado en todo género de calamidades, ya públicas, ya privadas, que ella es nuestra Madre! Con cuántos beneficios no ha hecho ver que ella es el precioso canal de los favores del Señor! Bien lo sabeis, hermanos míos, la historia mexicana, es historia guadalupana. El pueblo de México es el pueblo de Santa María de Guadalupe.

Los Reyes de las naciones, aunque se llamen los benefactores y padres de sus pueblos, se tornan en sus tiranos. [1] "Los Reyes de las gentes, dijo el Divino Maestro, se enseñorean de ellas, y los que tienen poder sobre ellas son llamados bienhechores. Mas vosotros no así, antes bien, el que es mayor entre vosotros, hágase como el que sirve." Hé aquí porqué en realidad, Señores, la gran Reina de cielos y tierra se propuso en su caridad ardiente no ser más que una verdadera Madre nuestra, y Madre tierna, que avasallase nuestras almas no por la soberanía de su absoluto imperio, sino por la celestial dulcedumbre de su amor y de sus constantes beneficios. Santa María de Guadalupe se interpuso entre el acero del conquistador y el indio conquistado. Después de disipar la tiranía anterior al

1 *Reges gentium dominantur eorum, et qui potestatem habent super eos benefici vocantur. Vos autem non sic, sed qui major est in vobis fiat sicut minor, et qui praecesor est sicut ministrator. Luc. XXII.*

Descubrimiento, para lo cual sirvió la Conquista, á pesar de todos sus defectos y males, puesto que determinó el bien de sustituir á aquella antigua tiranía, que era la peor y la más dura, pues eran insaciablemente sanguinarios y por todo extremo crueles los dioses aztecas, verdaderos verdugos los ministros de su falso culto, y sobremanera déspotas los mandatarios públicos; impuso freno á los desmanes horribles y bárbaros de los guerreros invasores, que hubieran creído que todo les era lícito, si no hubiesen tenido que respetar y temer las sacrosantas leyes de la Religión, de la Moral y del Derecho del Hijo de la Virgen. Esta Religión unió y constituyó en un solo pueblo las dos castas diversas, indígena y española, y así nació la actual raza verdaderamente americana. Y si en más de tres centurias no se hubiesen venido oponiendo á la Religión Católica tantos abstráculos mundanos ¡oh cuanto más grandes, más adelantados y más dichosos no serían hoy todos los pueblos del Nuevo-Mundo, y muy particularmente el pueblo mexicano! Santa María de Guadalupe, como arca Divina, nos ha conducido desde la esclavitud pagana, nos ha guiado por en medio de un mar de sangre y dolores, por un desierto de pobreza y abatimiento y por unos campos enemigos, hasta sacarnos sanos y salvos: Santa María de Guadalupe es el blasón de nuestra gentileza á contar desde el Descubrimiento que ella dirigió, hasta la Independencia que ella inspiró y coronó, y de la cual ella misma es el escudo y el lábaro glorioso. Quebrantando la cabeza de la serpiente, Santa María de Guadalupe es en realidad el águila simbólica de nuestra empresa heroica, águila que domeña y destroza con fuerza irresistible la serpiente de la perfidia contra Dios y contra la patria, la serpiente de la apostasía, de la división, de la discordia, de toda ruina y de todo mal. Por eso á la Inmaculada Virgen, como se mostró al discípulo amado en sus apocalípticas visio-

nes, le fueron dadas dos alas de grande águila, para hacerla invencible y para que pueda dispensar patrocinio y protección. *Et datae sunt mulieri alae duae aquilae magnae* (1). Como el águila, caudal de nuestro escudo, nos acogemos á su maternal amparo. *Sub umbra alarum tuarum protege me.* [2] Bajo la sombra de tus alas protégenos siempre, oh Madre!

Santa María de Guadalupe abrigó en su maternal regázo al pueblo mexicano al tomar la manta de Juan Diego para retratarse en ella, porque se propuso enviarla al Pontífice por prenda de su amoroso ofrecimiento, por testimonio de su aparición y por título y documento de esta Iglesia Colegiata, de esta su Casa Solariega, á que vinculó el cumplimiento de su maternal protección. Por servir la capa ó manta para cubrir y defender, es el símbolo más propio y expresivo, en la escritura geroglífica mexicana, del mismo maternal amparo y poderoso Patrocinio. Y en la escritura Santa encontramos á Eliseo, que armado como con un escudo, de la capa de Elías, tiene el Patrocinio del Profeta del Carmelo y el doble espíritu de su Maestro y Señor. (3).

Hermanos míos, como el pueblo de Israel llevando entre sus pabellones el Arca Santa de la alianza, llevaba consigo al Señor, que de pueblo esclavo le hizo nación libre y grande, que le dió la Ley, y le condujo de victoria en victoria sobre sus enemigos hasta la tierra que mana leche y miel; así nosotros en esta portentosa Efigie Guadalupana, tenemos nuestro pabellón y llevamos en él nuestra Arca Santa, Arca verdadera de que sólo fué sombra y figura la antigua; Arca que nos garantiza en el seno de la verdadera iglesia, con la presencia del Señor, la posesión de la tierra prometida, ¡Que no perdamos esta Arca, como los hijos de Jacob

1 *Apoc. XII.*

2 *Ps. 16. v. 8.*

3 *Reg. III.*